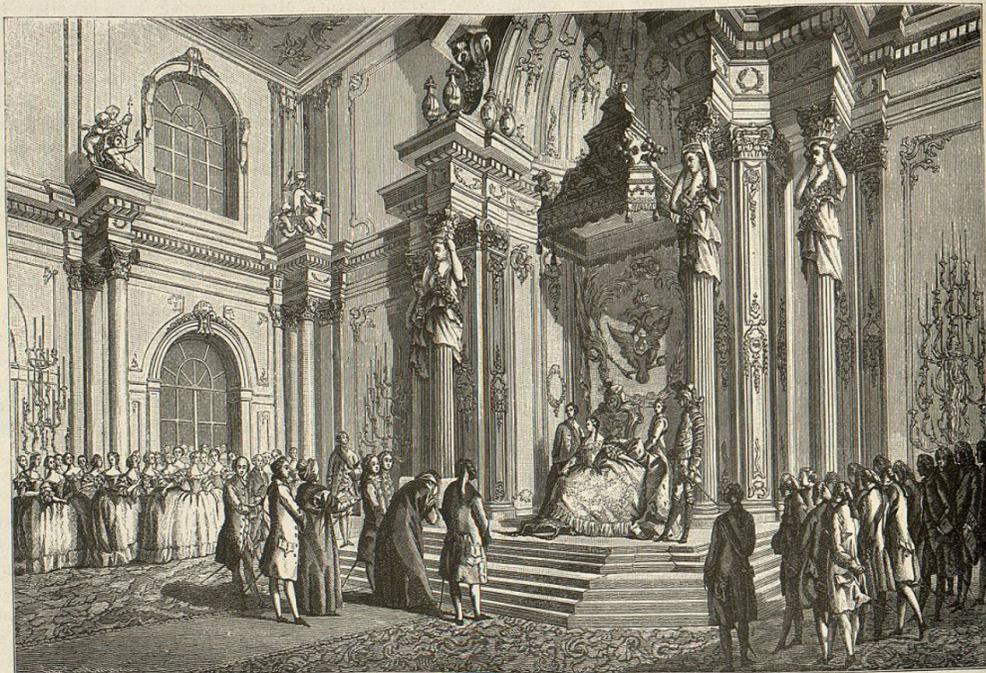


pitada y extraña» la resolución de Catalina de firmar la paz con el rey de Prusia y se inclina á considerarla como una «idea nacida de un error.» A la indicacion de que Rusia deseaba ser la mediadora de la paz, contestó Mercy que la corte austriaca veía en la rusa, no una corte neutral, sino una corte aliada (1); que el Austria no se prometía ventaja alguna de la mediación de Rusia; y que la emperatriz debía por lo menos dejar las tropas rusas en el teatro de la guerra para ejercer alguna presión sobre el ánimo del rey de Prusia. La misma oposición á que Rusia fuera mediadora para ajustar la paz encontró en la corte de Viena el embajador ruso Colizyn, y por algunas expresiones contenidas en la memoria de este puede venirse en conocimiento del desagrado con que en Viena se había visto la conducta de Rusia (2).



Catalina despues de su coronacion recibe á la embajada otomana. Reduccion de un grabado de Kasatschinski. La acuarela original que se encuentra en el Ermitaje imperial de San Petersburgo, es de Juan de Belly, pintor de Cámara de la emperatriz

culo especial se mencionara á Catalina como potencia amiga de las dos partes contratantes, pero esta proposición se estrelló ante la resistencia de los plenipotenciarios austriacos (3).

Mientras esto acontecía, estaba sobre el tapete la cuestión polaca en las relaciones entre Prusia y Rusia; cuestión muy propia para poner á ambos Estados de acuerdo.

La corte francesa, como la austriaca, había esperado mucho del advenimiento de Catalina al trono, pero también vio defraudadas sus esperanzas. El embajador ruso Chernysheff refería la alegría que en la corte de Francia y en la sociedad francesa había producido el golpe de Estado, añadiendo que estaban los franceses muy descontentos por la

(1) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XVIII, 458, 483.
(2) Ssolowieff, XXV, 223-227, 329-330.
(3) Reimann, obra citada, 49.

Casi al mismo tiempo, supose en Rusia, por Colizyn desde Viena y por Replin desde Berlin, que habían comenzado las negociaciones que habían de dar por resultado la paz de Hubertsburgo, que se llevó á cabo sin la mediación de Rusia; pero la reserva en esta ocasión observada por Catalina tuvo la ventaja de que cada uno de los beligerantes se creyera libre é independiente de la política rusa. Por un momento, pudo considerarse posible que esta paz tuviera por resultado una intervención armada por parte de Rusia; pero las negociaciones se siguieron con rapidez; en todas partes prevalecía el deseo de paz, y San Petersburgo estaba demasiado lejos del lugar en que se celebraban las conferencias, para poder ejercer influencia ninguna en ellas. Cierto que el rey de Prusia propuso que en el tratado de paz y en arti-

ausencia de Breteuil de la capital rusa en el momento de la revolución y que se le había ordenado regresara cuanto antes de Viena, donde residía temporalmente, á San Petersburgo (4). Las comunicaciones de Breteuil sobre el cambio de gobierno no daban á los hombres de Estado franceses idea alguna acerca de la persona de la emperatriz, á quien se tenía por inteligente pero algo superficial. Se le concedía un talento mas que regular, pero no se creía verosímil que se sostuviera mucho tiempo en el trono (5). En este sentido se expresaba el mismo Luis XV en una carta dirigida á Breteuil, en la cual manifestaba el rey la esperanza de que Rusia, presa de desórdenes interiores, no podría intervenir en las cuestiones de la Europa occidental ni mezclarse en

(4) Ssolowieff, XXV, 228.
(5) Jauffret, *Catalina II y su reinado*, Paris, 1860, I, 133. Obra basada en la correspondencia que medió entre Breteuil y Praslin.

los asuntos de Polonia, donde especialmente, al decir del monarca, no ejercería Catalina influencia alguna, cuanto mas, que á evitar esta influencia debían dirigirse los esfuerzos del embajador francés.

La experiencia demostró cuán equivocada había andado la Francia; que el trono de Catalina tenía cimientos sobrado sólidos para permitirle intervenir enérgicamente en las cuestiones internacionales; y que en la cuestión de Polonia Francia tuvo que ser simple espectadora de los sucesos sin poder limitar en lo mas mínimo la influencia rusa.

Entre tanto, Breteuil desempeñaba en la corte de Rusia un papel mas bien brillante que feliz en los negocios. Las tentativas que hicieron él en Rusia y Choiseul en Paris cerca de Chernysheff para atraer á la emperatriz á la alianza austro-francesa, no tuvieron resultado alguno. Choiseul opinaba que las tropas rusas no debían alejarse del teatro de la guerra, mientras que Chernysheff procuraba demostrar que su alejamiento no perjudicaba en nada á la acción de Rusia (1).

Catalina, siendo todavía gran duquesa, había mostrado cierta antipatía hácia Francia, tratando con frialdad suma al embajador l'Hospital (2); y aun cuando á la sazón distinguía mucho á Breteuil y tenía, á veces, para él alguna palabra de confianza (3), no faltaban motivos para cierto desacuerdo entre las dos cortes. La petición de que fuera reconocido el título de emperador á los soberanos rusos encontró en Francia cierta resistencia y no fué aceptada sin algunas condiciones. Por su parte, la emperatriz notificó á la corte francesa la Memoria secreta que había sido redactada durante el reinado de Isabel (4), manifestando en una carta que escribió al canciller, su deseo de que acabara aquel sistema de «habladurías» sin objeto alguno (5).

No debe extrañarnos que entre ambas cortes comenzara á reinar esa frialdad. Breteuil fué, despues, uno de los mas acérrimos adversarios de la emperatriz; y Luis XV habló con indignación de la persona de Catalina, cuando la intervención de Rusia en la cuestión oriental y en la polaca excitó el descontento del gabinete francés (6). Catalina, sin embargo, no creyó necesario tomar para nada en cuenta la opinión que en Francia se tenía de ella, y Choiseul no pudo impedir la acción de Rusia contra Polonia y contra la Puerta.

En Inglaterra lo mismo que en Francia, dominaba al advenimiento de Catalina al trono, cierta animosidad contra Federico. Los hombres de Estado ingleses estaban indignados porque el rey de Prusia no se había mostrado mas condescendiente al terminar la guerra con Sajonia. En este sentido se expresaron en San Petersburgo Keith y su sucesor en la embajada, Buckingham, y en este sentido mismo escribía sus comunicaciones el embajador ruso en Londres, el conde Alejandro Woronzoff (7). Por lo demás no podía

(1) Ssolowieff, XXV, 228-230.
(2) Véase el modo desdenoso con que, en 1766, hablaba de l'Hospital, en una carta dirigida á la señora Geoffrin. *Ilustracion de la Sociedad histórica*, I, 224.
(3) Véase su Memoria en *La Corte de Rusia*, pág. 224.
(4) *Archivo del príncipe Woronzoff*, VII, 647.
(5) *Ce ne serait qu'un verbiage inutile qui ne menerait point au fait*. Véase la carta de Woronzoff en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, VII, 221-223.
(6) En una instrucción dirigida á un diplomático francés se decía: «Conocemos la animosidad de esa corte contra la Francia. El rey desprecia de tal suerte á la princesa que reina en ese país, sus sentimientos y su conducta, que no intentamos dar ni un paso para hacerle cambiar de opinión. El rey considera mas honroso el odio que la amistad de Catalina II, pero al propio tiempo quiere evitar el escándalo de un rompimiento.» Jauffret, I, 300-301.
(7) En una carta de Catalina al canciller Woronzoff (21 de setiembre)

contarse mucho con una acción política de Inglaterra, pues esta potencia, como decía Woronzoff, había tomado la resolución de mezclarse lo menos posible en las cuestiones del continente, y estaba decidida á abandonar á su propia suerte al rey de Prusia, que se había mostrado indiferente á sus proposiciones. Por lo general, se creía en Inglaterra probable una aproximación entre Francia y Prusia y se preparaba, para este caso, una alianza entre Rusia, Inglaterra y Austria, tal como había existido en tiempo de la emperatriz Isabel.

Las negociaciones entabladas para reanudar el tratado de comercio que antiguamente existía no ofrecen interés alguno (8). La importancia de las relaciones entre Rusia é Inglaterra data de una época muy posterior.

De la influencia que en el desenvolvimiento político de la Europa central ejerció el advenimiento de Catalina al trono, podemos juzgar por los siguientes detalles de las conversaciones que tuvieron en Constantinopla el embajador ruso Obrjeskoff y el representante de la Puerta. Aquel escribía á San Petersburgo diciendo que la noticia del golpe de Estado del 28 de junio había producido el efecto de un rayo en la Puerta, que se había regocijado de la mala situación del Austria durante el reinado de Pedro III. El dragoman que se presentó á Obrjeskoff para felicitarle por el advenimiento de Catalina al trono, preguntóle qué clase de relaciones reinarian en adelante entre Rusia y Austria, y si subsistiría el tratado con Prusia ó se declararía la guerra á Dinamarca. Obrjeskoff creyó deber contestar, interpretando los deseos del nuevo gobierno, que entre Rusia y Austria serian mas amistosas las relaciones, como podía deducirse de la retirada del cuerpo de ejército mandado por Chernysheff del teatro de la guerra, haciendo esta afirmación para impedir que Turquía rompiera de nuevo las hostilidades contra el Austria. Sin embargo, al propio tiempo añadió que las relaciones entre Rusia y Prusia continuarian siendo pacíficas y que no era de temer que estallara una guerra con Dinamarca.

Al mismo tiempo, Federico hacía poner en conocimiento de la Puerta que su influencia en Rusia con Catalina II era tan firme como lo había sido en tiempo de Pedro III, lo cual estaba poco conforme con la realidad. Un dragoman de la Puerta se presentó á los embajadores francés y ruso consultándoles acerca de lo que debía creerse de la afirmación del rey prusiano. El diplomático francés expresó sus dudas sobre ella y aconsejó circunspección, y Obrjeskoff declaró que aquella afirmación era una nueva prueba del espíritu intrigante y de la astucia de Federico, y que la demostración de que este no tenía influencia alguna en Rusia eran el modo cómo se le trataba en el manifiesto publicado á raíz del advenimiento de Catalina al trono y la orden de retirada que se había comunicado á las tropas rusas que se encontraban en el teatro de la guerra (9).

En Dinamarca, la noticia de la revolución acaecida en Rusia produjo una impresión en alto grado favorable. Aquella nación vivía angustiada durante el reinado de Pedro III, y consideraba inminente una guerra próxima; de aquí que el destonamiento de Pedro fuese por ella considerado como la desaparición de un grave peligro.

Korff, que fué á Copenhague, refiere la gran alegría que

(bre) le encargaba manifestara al embajador ruso en Londres que la conducta resistente de Federico y «sus sentimientos poco conformes con los de la emperatriz apartaban á esta de aquel rey.» Véase Ssolowieff, XXV, 231.

(8) Véanse las Relaciones que llenan el tomo XII de la *Ilustracion de la Sociedad histórica*.

(9) Ssolowieff, VII, 163-168.

en la corte danesa produjo aquella noticia y dice que el rey no encontraba palabras con que expresar la amistad que profesaba á la emperatriz y el placer que le causaba el no tener que hacer armas contra los rusos, á quienes estimaba y cuyo valor había tenido ocasion de apreciar cuando la guerra contra Prusia. Korff añade que no solo la corte sino el pueblo todo de Dinamarca, hasta el último labrador, consideraban como un favor de la suerte el cambio de gobierno ocurrido en Rusia.

El gobierno dinamarqués pudo observar que la voluntad y los intentos de Catalina iban siendo mas moderados, á medida que disminuían las pretensiones de Dinamarca. El rey de esta nacion creía que como duque de Holstein podría pretender el derecho de tutela sobre el gran duque Pablo y se había proporcionado para ello ciertas alianzas, como la que firmó con el rey de Suecia. Catalina se puso en guardia y en una carta autógrafa dirigida al Colegio de negocios extranjeros manifestó cuán vanas eran las pretensiones del rey de Dinamarca y exigió que las tropas dinamarquesas se retiraran del Holstein.

CAPÍTULO II

RELACIONES CON POLONIA HASTA 1768

Curlandia.—Polonia en 1762.—Planes de reparticion.—Eleccion de rey.—Temores en la Europa occidental.—Medidas radicales adoptadas por Catalina.—Feliz éxito de la política rusa.—Cuestion de los disidentes.—Oposicion entre Federico y Catalina.—Preponderancia de Rusia en Polonia.

También en los primeros tiempos de su reinado, gustaba Catalina de hacer patente el poder y la consideracion de Rusia; así es que en sus conversaciones con los embajadores extranjeros hablaba de la grandeza de su imperio, y de los innumerables medios de que podía disponer (2).

Y estas no eran simples palabras: la emperatriz tenía la firme convicción de que estaba llamada á hacer valer el peso de la política rusa en la balanza de las cuestiones generales europeas. Catalina no se contentaba con hablar, sino que estaba decidida á obrar. La enérgica conducta que respecto de Polonia observó á raíz de su advenimiento al trono estaba de acuerdo en cierto modo con sus deseos de paz, pues sin necesidad de provocar una guerra podía poner á Polonia y á Curlandia bajo la dependencia de Rusia; y en cambio para hacer alguna conquista á costa de los turcos era precisa una lucha armada. Con sus vecinos del Oeste podía conseguir su objeto por las vías diplomáticas, y por medio de demostraciones militares y de reglas de policía. Así, pues, principió el ejercicio de su poder como soberana altanera y dominadora; sin consideracion alguna y con gran severidad cuando se trataba de salvar los intereses rusos, no reconocía ningun derecho y siguió el consejo de Maquiavelo de mostrar «una crueldad hábilmente ejercida.» Tal se había mostrado muchos años antes con gran éxito Pedro el Grande á

(1) Ssolowieff, XXV, 201-203. Los documentos relativos á esta cuestion se encuentran en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, VII, 163-168.

(2) Despacho de Breteuil en *La Corte de Rusia hace cien años*, pág. 225.

El gobierno dinamarqués consintió en todo, declarando Bernstorff al embajador ruso que el rey de Dinamarca, con su proposicion, solo había querido expresar sus sentimientos de amistad hácia la emperatriz y su hijo y que estaba dispuesto á renunciar á sus pretensiones al gobierno del Holstein (1).

Tales fueron los primeros progresos que hizo Catalina en la esfera de la política exterior. El sesgo que tomaran las relaciones entre Rusia y Prusia debía tener gran influencia en la historia de Europa. En vano los enemigos del rey prusiano procuraron impedir que Catalina llegara á un acuerdo con él; en vano se había esperado que Rusia intimaría con el Austria; pues, aun cuando en los primeros tiempos del reinado de Catalina, sus relaciones con Federico estuvieron sujetas á ciertas oscilaciones, pronto se vió que entre ambos existía comunidad de intereses. La cuestion de Polonia estaba pendiente, y Prusia y Rusia se pusieron de acuerdo para resolverla.

sus amigos y enemigos, á sus aliados y casi vasallos. Cuando se trataba de la preponderancia de Rusia, no podía haber colision de deberes: no se guardaba miramiento alguno á los demás; para llegar al fin propuesto no se perdonaba medio alguno, pareciendo ya lo suficiente observar ciertas formas en el trato con las grandes potencias y cuidarse solo de las cortes de igual categoria. A los débiles se les podía tratar de cualquier modo cuando estaban en juego los intereses de Rusia. De aquí que la política rusa, como tantas otras, entre ellas la prusiana, no retrocediera ante la necesidad de usar medios violentos y aun brutales. Aquella era una verdadera lucha por la existencia, de esas que tan á menudo se nos ofrecen antes y despues en la escena política. El emitir un juicio sobre la moralidad de estos hechos internacionales ofrece mayores dificultades que el simple exámen de la fuerza de voluntad en ellos empleada, del amor al trabajo (de que tan pocos ejemplos se nos ofrecen), del golpe de vista político, de las disposiciones para la combinacion diplomática y del talento para los detalles de los asuntos.

Curlandia

Catalina no podía estrenar su reinado en el terreno de la política agresiva de un modo mas brillante que interviniendo en las cuestiones de Curlandia, intervencion que debía ser el preludio para la reparticion de Polonia.

Ya en tiempo de Pedro I se había intentado convertir en una dependencia rusa el ducado de Curlandia que estaba bajo la soberanía de Polonia. Biron, que ya en tiempo de Ana había conseguido ocupar el primer puesto cerca de la

emperatriz, fué investido de la dignidad de duque de Curlandia y con esta investidura vino á robustecerse la influencia rusa en aquel país. Pero el duque fué luego derribado del poder y desterrado á Siberia, y aunque pudo cambiar su residencia de Pelym por la de Jarossloff, quedó imposibilitado de conservar su soberanía nominal en Curlandia. En 1758, el rey Augusto III de Polonia, con asentimiento de la emperatriz Isabel, logró hacer nombrar duque de Curlandia á su hijo Carlos. La hija de Pedro el Grande, al consentir en esto, rompió con las tradiciones de la política rusa.

Es interesante conocer el juicio que Catalina, siendo todavía gran duquesa, emitió sobre estos hechos. En sus memorias dietarias fechadas en los últimos tiempos del reinado de Isabel, encontramos la siguiente serie de aforismos referentes á Curlandia:

«Se dice que en todas las cuestiones ó han de seguirse los principios de justicia ó ha de tenerse por guia el interés. Por lo que á Curlandia se refiere, hubiera sido justo dar á los hijos de Biron lo que Dios y la naturaleza (sic) les habían otorgado; y si se hubiese querido seguir lo que el interés dictaba se hubiera debido (contra derecho, lo sé) retener la Curlandia, sustraerla por completo á la soberanía polaca y agregarla á Rusia. Con arreglo á estas consideraciones el no reconocer que toda otra solucion sería inútil, es dar muestras de completa ineptitud y no conseguir ventaja alguna, pues se entrega la Curlandia al príncipe Carlos de Sajonia y se robustece de esta manera la influencia del rey de Polonia, el cual siguiendo el ejemplo de su padre, procura limitar la libertad de su República. Si las cosas llegan á este punto, el rey conseguirá un triunfo con el auxilio de Francia y gracias á la indiferencia del partido liberal de Rusia. Y yo pregunto si le conviene mas á esta un vecino déspota que la anarquía en que se encuentra Polonia y que nos deja en plena libertad de accion para todo (1). Pedro I fué mas sabio cuando apoyó á los liberales de Polonia y declaró que combatiría toda limitacion que á la libertad quisiera ponerse. Desde el momento en que uno se decide á ser injusto, es preciso, por lo menos, dejarse guiar por algun interés; pero en la cuestion de Polonia, cuanto mas la considero, menos talento y habilidad veo en el modo de conducirla (2).»

Al leer esto, parece estar oyendo argumentar al autor de *El Príncipe*. La gran duquesa podía vacilar entre los principios de justicia y los de la conveniencia; pero la emperatriz se dejaba guiar fácilmente tan solo por los de una política interesada. Catalina opinaba que la fuerza y el éxito podían desprestigiar las calificaciones de culpabilidad y procedía conforme á las palabras de Goethe, segun las cuales podía observarse una conducta de mala fe, siempre que la intencion fuese buena. Como gran duquesa, podía Catalina estudiar, en cierto modo teóricamente, tales cuestiones y ocuparse en examinar tranquilamente los motivos de uno ú otro procedimiento político; pero una vez en el trono, debía hacerse rápida y simultáneamente cargo de la realidad de los hechos y entrar de lleno en su combinacion, pues no se trataba de estudiar puntos históricos ideales, ni móviles de conducta, sino de proceder con eficacia. Lo principal para ella era el querer y poder á la vez: es decir, el éxito.

De aquí que la opinion y la situacion de Rusia tuviesen influencia en las cuestiones que se referían á Curlandia. Pedro III había pensado ya en conferir la dignidad ducal á su tío Jorge de Holstein, y en este sentido, debía el embajador ruso en Mitau, Simolin, influir contra Carlos de Sajonia y en pro de la libertad de la nobleza electora. Este acuerdo

(1) *Dont nous disposons à notre gré.*
(2) *Ilustracion de la Sociedad histórica.*

había tenido su expresion en el tratado firmado entre Pedro III y Federico el Grande; pero su realizacion no se verificó hasta el verano de 1762, á causa de la revolucion rusa. La cuestion era saber si la dominacion de Jorge de Holstein en Curlandia sería siempre favorable á Rusia (3).

Catalina estaba dispuesta á considerar la cuestion de muy distinto modo.

Apenas elevada al trono, procedió con Polonia segun su sola voluntad, reteniendo en San Petersburgo al conde Keyserlingk, nombrado ya embajador ruso en Varsovia en tiempo de Pedro III, para conferenciar con él acerca de la conducta que debía seguirse con el vecino reino. En Varsovia estaba entre tanto como plenipotenciario Rshitschewsky, á quien la emperatriz excitó á observar una conducta enérgica enviándole instrucciones escritas de su propio puño. «Veo, escribía entre otras cosas, que Rshitschewsky es muy querido del conde Brühl; pero yo quiero que proceda no segun sus propias inclinaciones, sino conforme á mis mandatos.»

Rshitschewsky recibió el encargo de intimar á la corte de Polonia la resolucion de la emperatriz de restituir á Biron la dignidad ducal. Era, sin embargo, de esperar, decíase en las instrucciones al plenipotenciario ruso, que el padre (Augusto III) sintiera en el alma la expulsion de Curlandia de su hijo (Carlos), siendo por lo mismo preciso consolarle con la promesa de que la emperatriz haría que Prusia le indemnizase de las pérdidas sufridas durante la guerra. Para el príncipe Carlos se procuraría encontrar algun equivalente de la Curlandia, como un obispado secularizado ó cualquiera otra adquisicion, por ejemplo el obispado de Münster ó la ciudad de Erfurt, á cambio de la cual se ofrecería otra cosa al obispo de Maguncia, etc.

Cuando el rey Augusto III expresó el deseo de que Biron se dirigiera á él por medio de una peticion, en la cual se formularan sus exigencias, contestósele que era innecesario que el duque pidiera lo que de derecho le correspondía. Rshitschewsky decía que este asunto producía una impresion fatal en toda la Polonia y que á consecuencia de la agitacion, la salud del rey se encontraba sumamente quebrantada.

El rey esperaba que la Dieta de Polonia sabría evitar el triunfo de Biron; pero Catalina dispuso que Rshitschewsky, auxiliado por el partido ruso, hiciera cuanto en su mano estuviera para arrojar de la Dieta á la familia Czartoryski, lo cual no fué difícil dada la anarquía que en aquella desdichada República reinaba. Ningun éxito tuvieron las gestiones practicadas por el embajador austriaco en Polonia, para ejercer alguna influencia en pro del príncipe Carlos, ni la amenaza de Brühl de que en el próximo congreso todas las potencias se pondrían de parte del hijo del rey de Polonia.

Catalina estaba exasperada y escribía á su canciller Woronzoff: «Decid á Brühl que, si consigue una cosa contraria á mis deseos en la cuestion de Curlandia, dejaré de influir en el ánimo del rey de Prusia en pro de Sajonia; sostendré, por el contrario, á todos los enemigos que esta tiene en Polonia y no cejaré hasta haberle arrojado á él de su país.» Catalina manifestó expresamente el deseo de que esta amenaza llegara á oídos del diplomático sajón, Prasse (4).

En la cuestion de Curlandia podía mostrarse tanta mayor energía, cuanto que el conde Keyserlingk, entre tanto, había penetrado en Varsovia y comenzado á influir en Polonia, con

(3) Acerca de la política de Pedro III respecto de Curlandia, véase el trabajo de Schchebalsky *La cuestion del ducado de Curlandia, en tiempo de Pedro III* en el *Archivo de Russky*, 1866, págs. 284-304.

(4) Catalina odiaba á Prasse: véanse las *Investigaciones para la historia alemana*, IX, 8.